

En este número:

PRIMERAS FOTOGRAFÍAS LLEGADAS A
ESPAÑA DEL INTERIOR DEL "NAUTILUS"
DURANTE SU HISTÓRICO VIAJE
BAJO LOS HIELOS DEL POLO

BLANCO Y NEGRO

MADRID, 23 DE AGOSTO DE 1958

N.º 2416 • 15 PESETAS

Astilleros de San Carlos de la Rápita (Tarragona)
(Fotocolor de José M.º Subirá)

BLANCO Y NEGRO

Revista semanal ilustrada fundada en 1891 por D. Torcuato Luca de Tena
AÑO LXVIII MADRID, 23 DE AGOSTO DE 1958 N.º 2.416

DIRECTOR

Torcuato Luca de Tena y Brunet

REDACTOR JEFE

Santiago Arbós

JEFE DE CONFECCIÓN

José Francisco Aguirre

JEFES DE SECCIÓN

Mercedes Fórmica

Adolfo Prego

Manuel Menéndez-Chacón

SECCIONES

AGRICULTURA: Conde de Montarco

ARQUITECTURA: Miguel Fisac

ARTE: Jaime Ballesté

CIENCIAS: Emilio Novoa

CINE: Guillermo Bolín

CUARTO DE

ESTAR: Mercedes Fórmica

DEPORTES: M. M.-Chacón.

FILATELIA: { José María Francés

{ Néstor Jacob

{ Leopoldo Panero

LIBROS: { José M.º Souvirón

MILICIA: Luis Martín de Pozuelo

MUSICA: Antonio Fernández-Cid

POLITICA INTERNACIONAL: Manuel Aznar

RELIGION: P. Federico Sopena.

TEATRO: Adolfo Prego

TOROS: G. Corrochano

Dirección, Redacción, Administración y Talleres:
 Secano, 61 - Apartado de Correos número 43
 Dirección telegráfica: BLANQUINEGRO. Tel. 251710
 PRENSA ESPAÑOLA, S. A.

TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Tres meses	Seis meses	Doce meses
	Ptas.	Ptas.	Ptas.

España, Portugal, América (1) y Filipinas	190	360	700
Id. envío certificado... ..	203	386	752
(1) Estados Unidos y Puerto Rico ...	244	468	916
Id. envío certificado... ..	257	494	968
Demás países... ..	264	508	996
Id. envío certificado... ..	329	638	1.256

Las suscripciones empiezan el primer número de cada mes.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización por escrito, de todos los originales gráficos y literarios del presente número. Ha sido hecho el depósito que marca la Ley.

DEPOSITO LEGAL M. 12-1958

No se mantiene correspondencia con los colaboradores espontáneos, ni se devuelven los originales no solicitados.

Entered as second class matter at the post office at New York, N. Y.

Inscrita como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de La Habana, Cuba.



El castillo de Peñafiel (Valladolid) preside con su bélica silueta las faenas de la trilla bajo el ardiente sol castellano. (Fotografía en color de Loygorri.)



La vaquilla que corre alrededor de la plaza —compañera de otra que hay dentro del ruedo— pone en franca huida a la muchedumbre que se divierte presenciendo la típica oapea de las fiestas de Peñafiel.

UN «SANFERMIN» CASTELLANO

POR LA VIRGEN Y SAN ROQUE CELEBRA EL PUEBLO DE PEÑAFIEL, EN LA PROVINCIA DE VALLADOLID, SUS ORIGINALES FIESTAS

UN PAÑUELILLO ROJO, UNAS ALPARGATAS, ANIMO EN EL CORAZON Y LIGEREZA EN LOS PIES, SON LOS REQUISITOS QUE SE PRECISAN PARA CORRER DELANTE DE LOS TOROS EN EL ENCIERRO

NO CONFORMES CON TÓREAR UNA VAQUILLA, LOS MOZOS EXIGEN DOS PARA SUS DIVERSIONES: UNA POR DENTRO DE LA PLAZA, LA OTRA POR FUERA DE ELLA

Por nuestros enviados especiales J. M. G. y Basabe

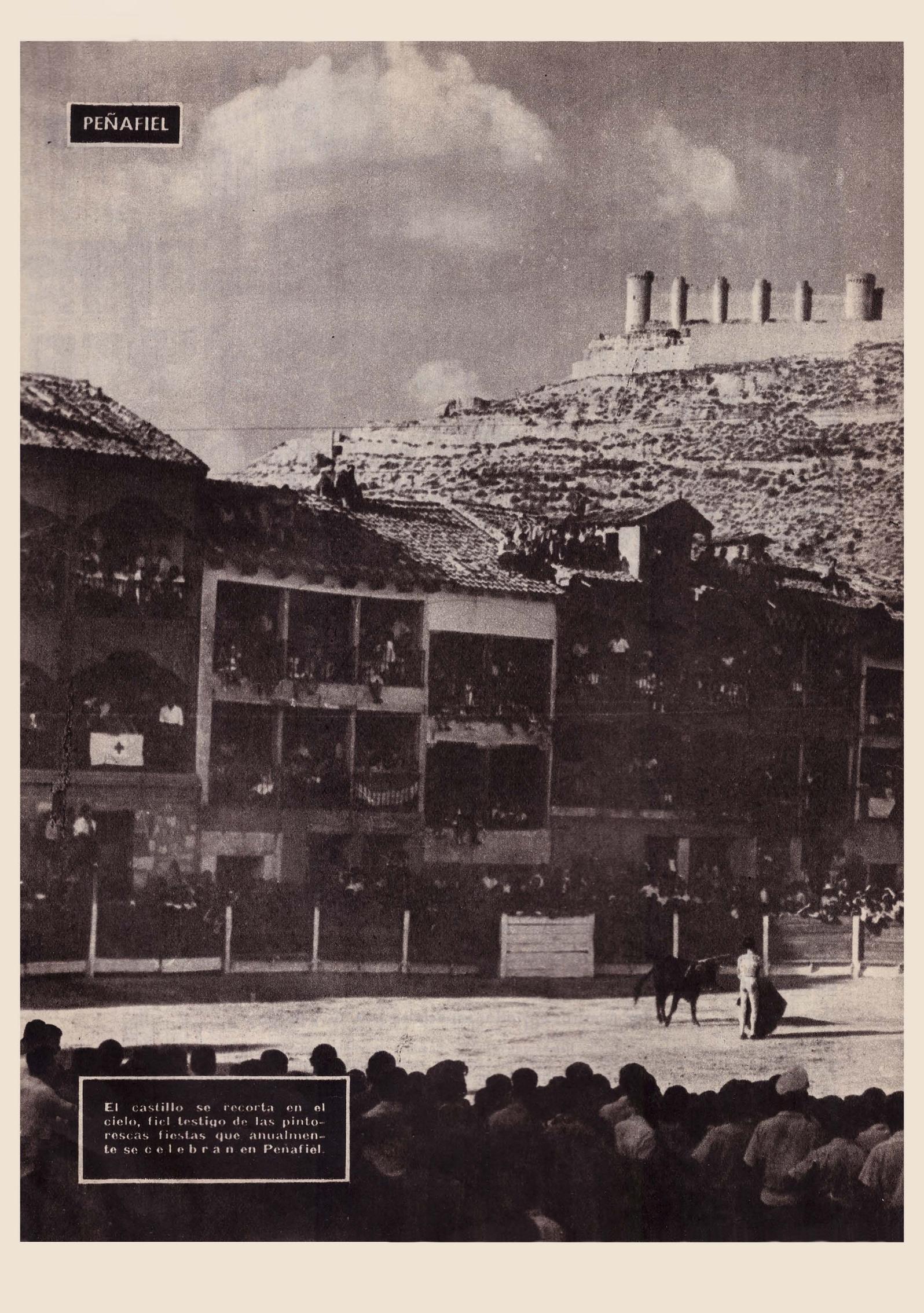
EN lo alto, el castillo; en el llano polvoriento los mozos corren delante de los toros en una versión particular del encierro de Pamplona. Arriba, en la cima de la colina, la fortaleza del señor infante don Juan Manuel vigila con cien ojos, tantos como almenas, la tierra vallisoletana; abajo, en la plaza del pueblo, del Coso se

llama, quiebran los hombres la cintura ante las vaquillas, realizan quites inverosímiles, inventan suertes, animados por los ojos de las mujeres que sueñan novios en los más valientes.

A 55 kilómetros de Valladolid, a 40 de Aranda de Duero, en la carretera que une Soria con la ciudad del conde Ansúrez, entre campos de trilla, con la

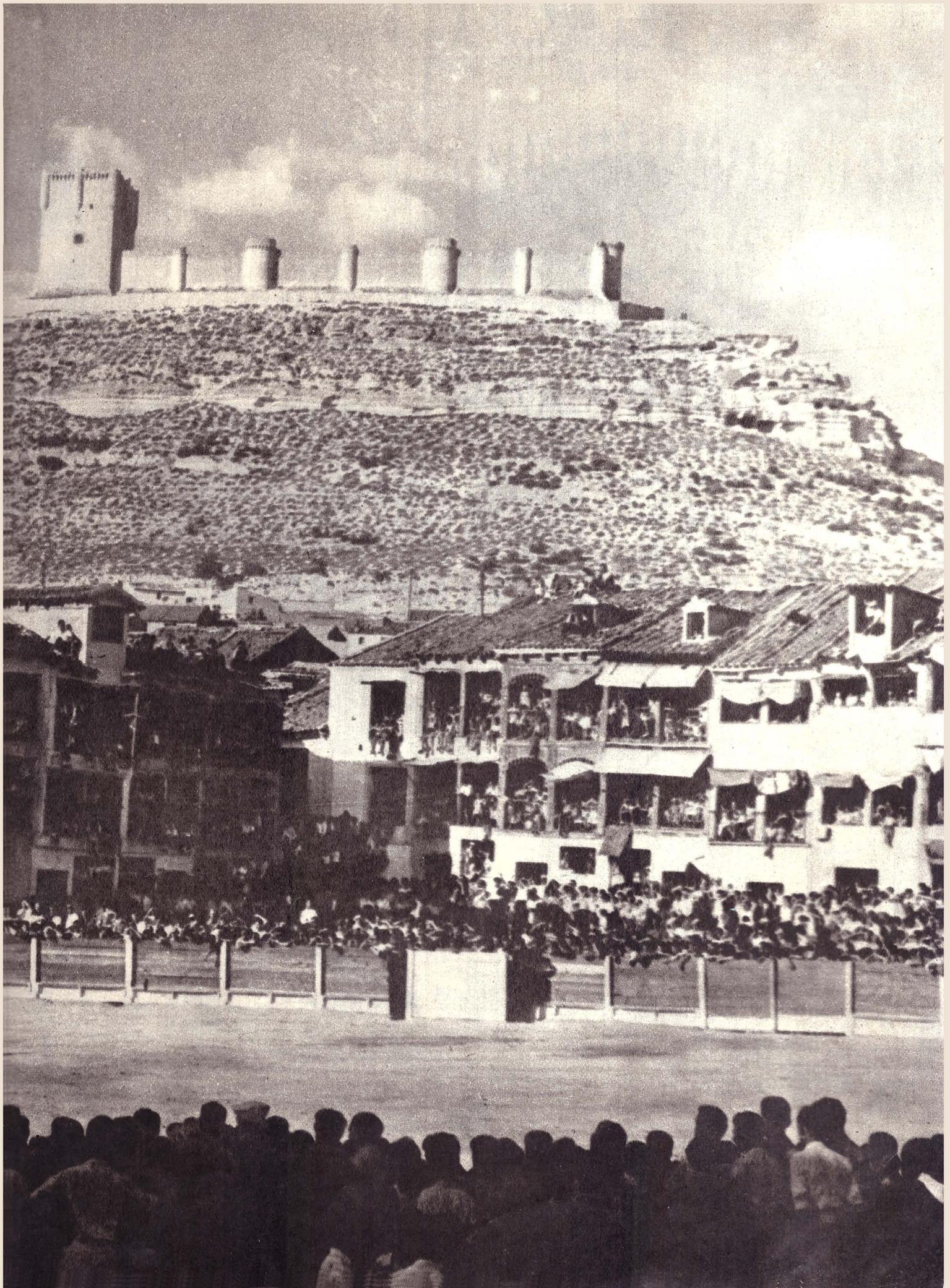
centinela de las chimeneas fabriles, se halla Peñafiel. Peñafiel, nombre de resonancias históricas, población de seis mil habitantes, cabeza de partido, capital de la comarca y objetivo de este reportaje con motivo de sus fiestas.

Media agosto y el sol cae sobre la tierra imponiendo su tiranía de calor. Conmemora la Iglesia las festividades

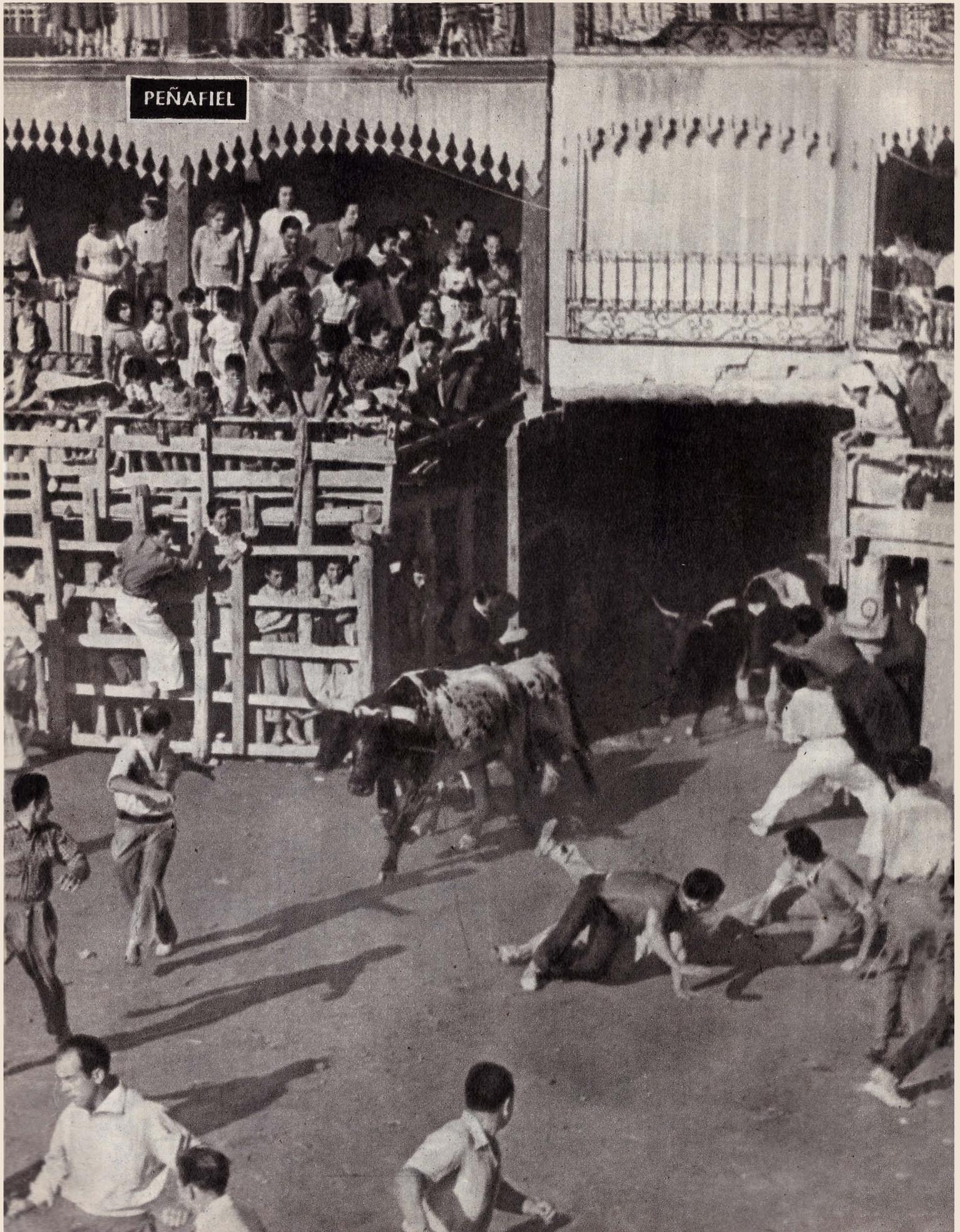


PEÑAFIEL

El castillo se recorta en el cielo, fiel testigo de las pintorescas fiestas que anualmente se celebran en Peñafiel.



PEÑAFIEL





No se satisfacen los mozos con lidiar una sola vaquilla en el ruedo de la plaza. ¡Otra por fueral —alrededor de la plaza—, exigen. Concedido, la corrida aumenta en emoción y riesgo, aunque afortunadamente no hubo que lamentar ningún accidente grave.

de la Asunción y San Roque, y Peñafiel, como otros tantos pueblos de España, aprovecha la coyuntura religiosa para hacer un alto en sus labores agrarias e industriales y entregarse al esparcimiento de la feria. El pueblo vive unos días de euforia, en el cine local se proyecta como programa extra "La Violeta" y hay alegría en las calles, risas, buen humor, cuando llegamos para presenciar el encierro de las reses y las típicas y originales capeas. Por el gacinate del gentío—de los obreros y obreras de las cuatro fábricas de harina, de las tres de galletas, de la azucarera, que confraternizan con los campesinos de

rostro curtido que aún andan quitándose las briznas de polvo que cogieron en la era—corre generoso el clarete. Porrones, botijos, garrafas, pasan de mano en mano, y el rojo vinillo del país—Peñafiel es tierra de "pan llevar" y vides opulentas—pone ánimos en el corazón y ligereza en los pies, y ánimo y ligereza necesitan los mozos para correr delante de los toros en el trecho comprendido entre el prado y los corrales de la plaza.

EL ENCIERRO

Es ancha la avenida por donde han de pasar toros, cabestros, caballistas y mozos. Después, convertida ya en calle, se estrecha, se retuerce en múltiples revueltas hasta desembocar en la plaza del Coso, que no es la principal, sino una plaza antigua, pintoresca, sobre la

que se alza, en un alcor, la magnífica silueta del castillo. Este dédalo de calles es el escenario del encierro y todo él está preparado para defenderse y encauzar la riada de hombres y animales. Casas, ventanas y puertas han sido protegidas con tablones de madera, y donde no hay construcciones, en el hueco de una bocacalle o de una cañada que se escapa hacia el agro, se han formado parapetos de carros o enrejados de troncos, por cuyos resquicios cabe un hombre, pero por donde no podría colarse una res que se evadiera de los vaqueros. Estas medidas preventivas se han extremado en la plaza del Coso, donde el enrejado de madera cubre las salidas de la misma y los bajos de las casas, cinturón exterior del ruedo provisional levantado en el centro para los festejos taurinos propiamente dichos.

Si en los "sanfermines" un cohete anuncia la salida de los toros, aquí es

Sustos y revoluciones son el imperativo del encierro de Peñafiel. Aquí vemos a los toros en el momento de llegar a la plaza precedidos por los valientes corredores.

PEÑAFIEL

la voz humana, un oleaje de voces que se acerca y pronuncia un ininteligible: "¡que vienen!", lo que indica el comienzo de la carrera. Las calles, por donde caminaba la gente en plácido paseo, se despueblan rápidamente, y sólo quedan los mozos—y alguna que otra moza decidida, que también las hay—, dispuestos a seguir, cara al enemigo, las incidencias del encierro. Los primeros que vienen, mozos de pañuelo rojo al cuello y alpargatas, signos distintivos de los corredores, son aquellos a quienes falta el suficiente coraje para pegarse a los cuernos de los toros, los precavidos que no están dispuestos a sentir en la espalda el bufido de las reses. Pero en su propio miedo llevan la penitencia, porque el abucheo que corea su paso, donde no falta el insulto personal y significativo, es suficiente para empalidecer a cualquiera, y obliga a los mozos vanguardistas, los que van muy por delante de los toros, a buscar el anonimato bajo los carros y en los portales o a frenar la carrera y a acortar la distancia que los separa de las reses.

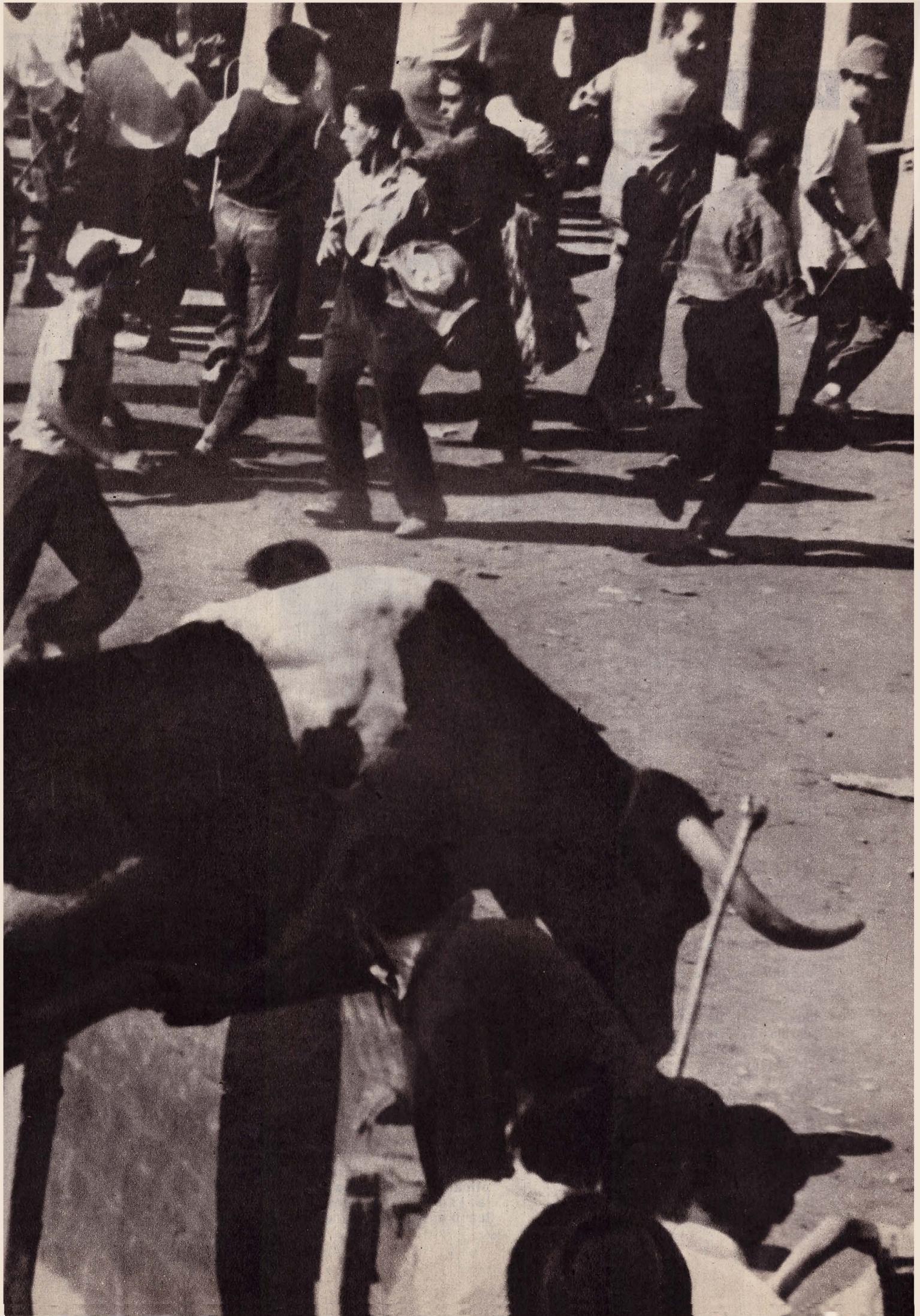
Desde la atalaya de un carro, con un espléndido panorama; tanto que el municipal que nos lo recomendó lo hizo con la asombrosa frase de "desde aquí verá usted cómo se *esparrama* el personal huyendo, que es una bendición de Dios", presenciemos el paso de la confusa comitiva. Vaqueros que arropan el ganado, cabestros, toros, pasan en extraña mezcla con los mozos, que, la camisa es una pompa de aire en la carrera, con el pañuelillo o el cuerpo, llaman a las reses que se rezagan, las engañan con un quiebro, las esquivan tras un árbol o en un adorno que brindan al "respetable" de carros y balcones, se agarran al rabo y se lo retuercen. Es la hora de los revolcones, de los topezos de las vaquillas, que por su corta edad usan preferentemente el testuz a los cuernos. Y así, sin saber a ciencia cierta a quién hay que apuntar el tanto de la bravura, si a los mozos o a los toros, llega el encierro a la plaza y las reses entran en los chiqueros instalados en los bajos de la Casa Consistorial. ¡Vaya ocurrencia!

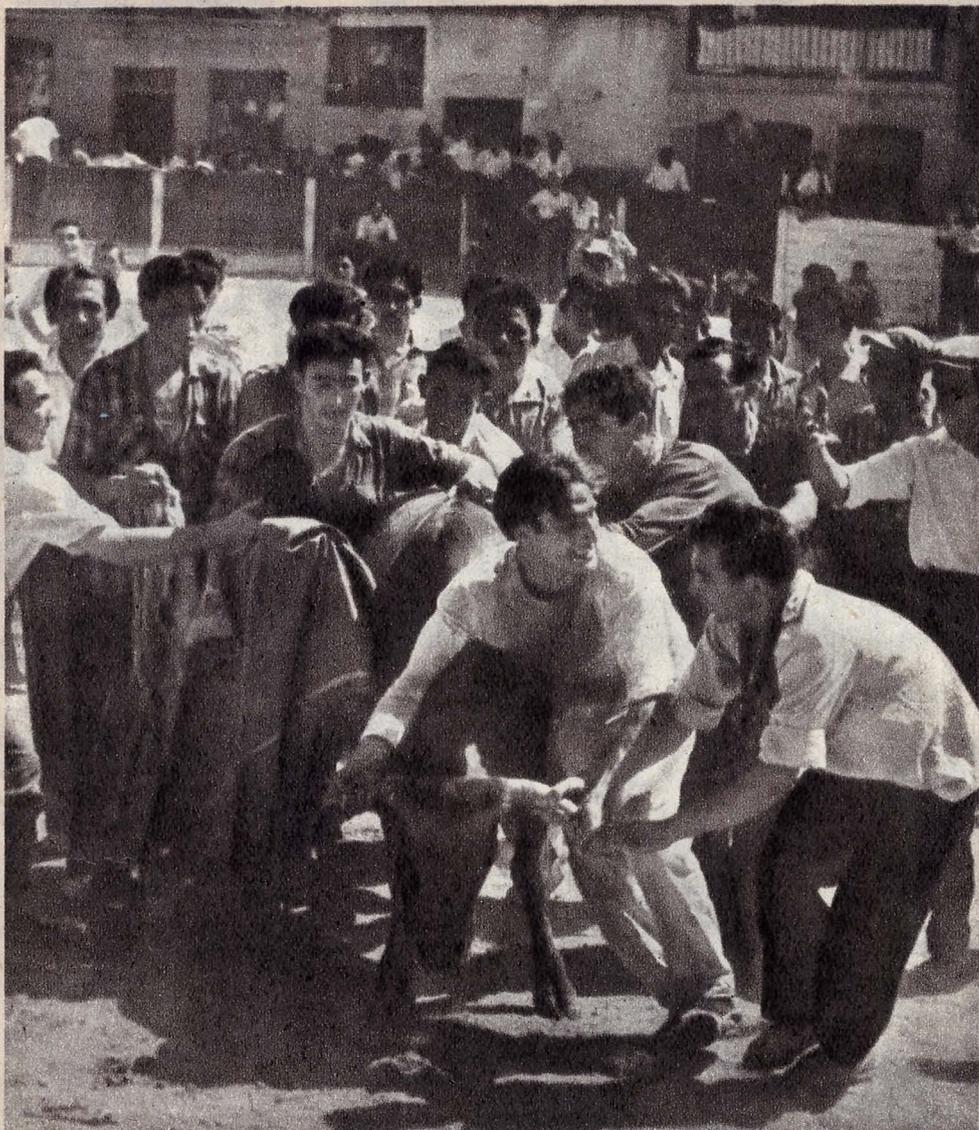
LA VIRGEN Y SAN ROQUE

La herencia de Ceres pagana, lo celtibero y lo romano en el alborear de nuestra historia, fué cristianizada por la Iglesia, que engarzó con nombres del Santoral las fiestas del solsticio de verano—San Juan—, de la recolección y del fin de las faenas agrícolas, la Asun-

No hay barreras para el toro—la palabra barrera se usa en su más estricto sentido—y limpiamente la salta, sembrando el pánico de los que presenciaban tranquilamente la corrida.





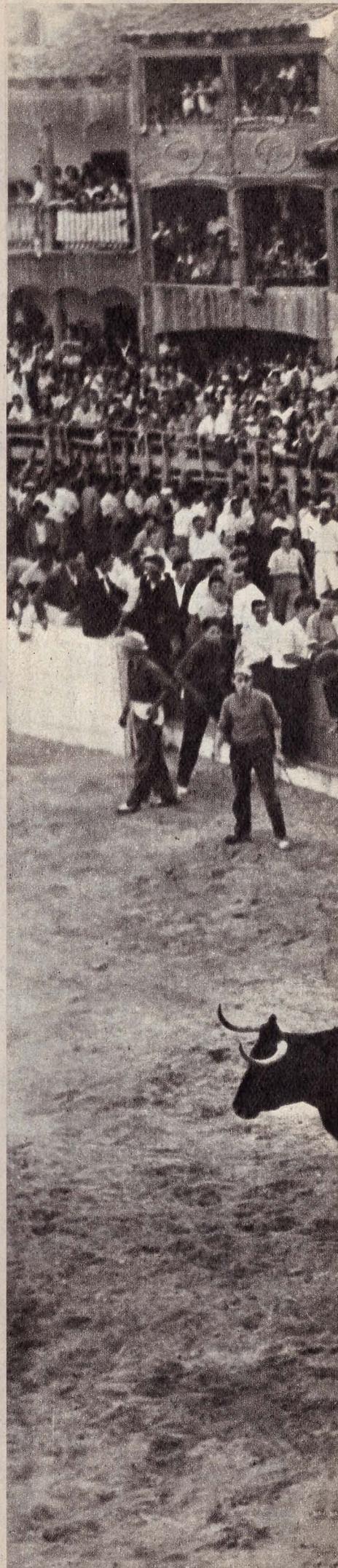


Los mozos han rendido a la vaquilla luego de torearla durante un buen rato. Al fin, la sitian, la asaltan y la conducen hasta los chiqueros cogida por los cuernos, por el rabo, por el lomo, como si se tratara de un inocente cordero.

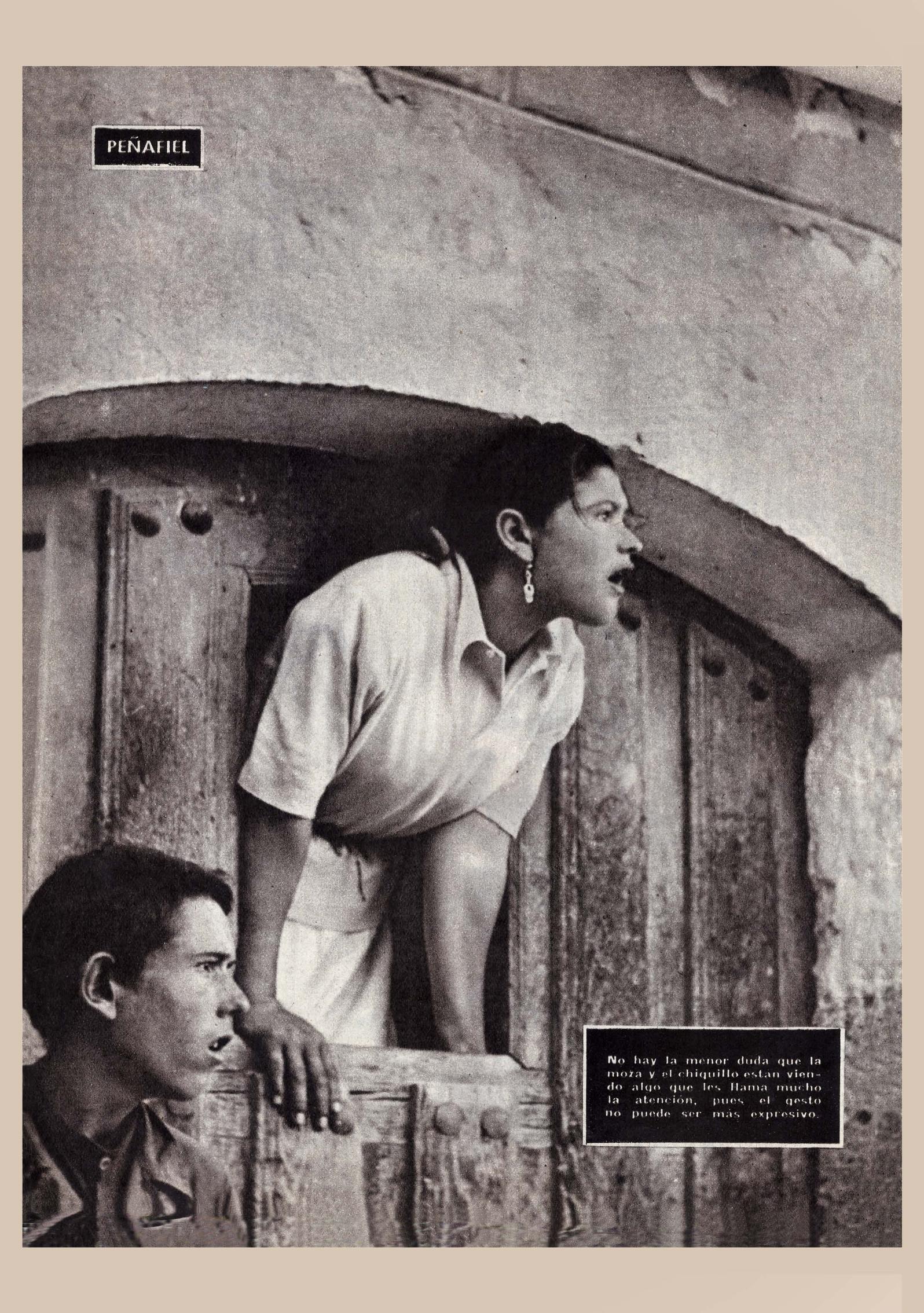
ción y San Roque. Por eso, estas fiestas veraniegas de Peñafiel conmemoran las festividades religiosas indicadas y el término del año agrícola, y son como un respiro, una tregua entre dos campañas laborales. No faltan, pues, en las fiestas los actos religiosos y están éstos constituidos, junto a las solemnes funciones en los templos, por sendas procesiones: una el día 15, la de la Virgen; otra el 16, la de San Roque, Patrón del pueblo. Tres iglesias tiene Peñafiel y todas con abolengo histórico y categoría arquitectónica. Es una, el convento de San Pablo, donación del infante don Juan Manuel, señor de la villa, y allí se guardan los restos de este príncipe erudito junto a los de Santa Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzmán. A la vera de San Pablo, camino de San Miguel, el templo parroquial, pasan las procesiones y los sones de la banda se estrellan contra la arquitectura mudéjar del conven-

to—arcos y puertas rememoran plazas de toros—, donde no falta una capilla plateresca, la del enterramiento del infante. Pero las procesiones, presididas por las autoridades, amparadas por los cirios de las damas, marchan rápidas, apresuradas, empujadas por el programa que falta por realizar. Porque hay que ir a comerse un "lechazo"—que es

La peculiaridad de las fiestas de Peñafiel son sus originales capeas. En la plaza del Coso, pintoresca y antigua plaza del pueblo, se construye un rueda y se protegen los bajos de las casas. En estas condiciones, se sueltan dos vaquillas, una en el rueda y otra alrededor de la plaza, complicándose de esta forma la lidia y aumentándose las peripecias de ella.







PEÑAFIEL

No hay la menor duda que la moza y el chiquillo están viendo algo que les llama mucho la atención, pues el gesto no puede ser más expresivo.

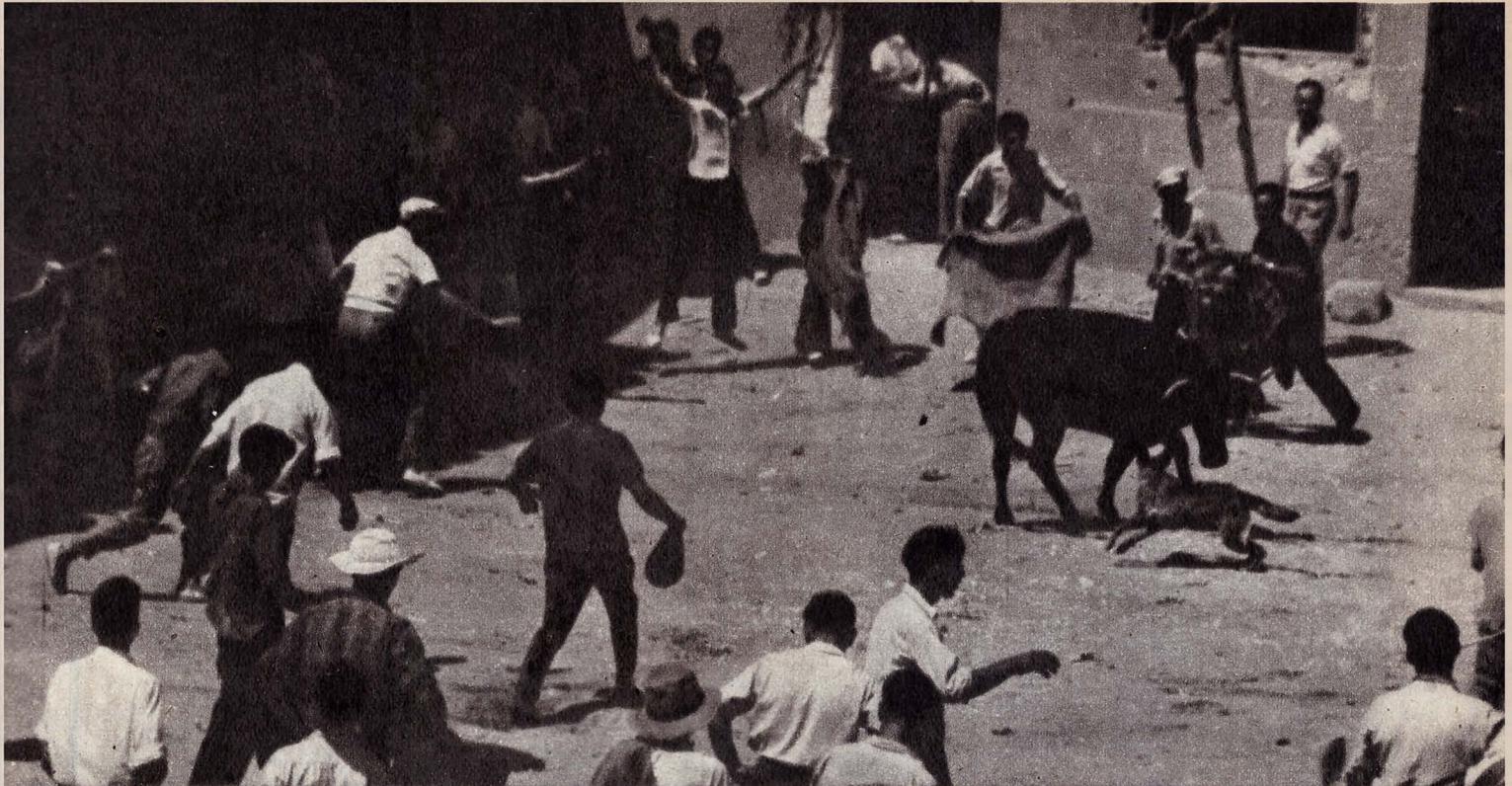


Un grupo de mozos hacen el quite a un compañero, contra quien embistió la vaquilla.

PEÑAFIEL

Los niños son los más constantes asistentes a los festejos taurinos de Peñafiel. Aquí vemos a un nutrido grupo de ellos encaramados en lo alto de una puerta para presenciar el encierro.





Un perro también se suma a los lances de la capea y la vaquilla se extraña del nuevo torero cuadrúpedo.

el cordero lechal en su versión de Peñafiel—y volver a la plaza del Coso para presenciar la novillada y ver después a los mozos jugar al toro con las vaquillas que trajeron a primera hora de la mañana. Mas a pesar del apresuramiento, las procesiones son un bálsamo, un lubricante en el agitado marco de las fiestas: es como poner al paso la andadura al trote, es devolver su ritmo al corazón acelerado de los corredores y al de los testigos de sus arriesgadas peripecias.

¡A LOS TOROS!

Cuadrillas de mozos bajan de las faldas de la colina luego de comer en las "bodegas". Son éstas cuevas naturales habilitadas por el hombre para guardar el zumo de la vid y se hallan esparcidas en el cerro que asienta al castillo. Al frescor de las cuevas se acogen los vecinos en las tórridas horas del mediodía y allí gozan del tierno "lechazo", del sabroso "tostón", del buen vino de la tierra, de la dulce fruta: las peras de "hocico de liebre" y la acuosa sandía. Los mozos vienen eufóricos, danzantes y cantarines, a reunirse en la plaza del Ayuntamiento para marchar todos juntos a los toros. Porque todo es en las fiestas de Peñafiel solemne y ritual. A los acordes de la banda, que interpreta una especie de jota, el "chundará"—"chun-dará", es la expresión sonora del bombo y los platillos—, las autoridades se unen al pueblo y en cívica procesión comienza el desfile hacia la plaza. Lentas, rítmicas, las cuadrillas avanzan bailando el "chundará", a una velocidad no superior al metro por minuto, y la cofradía de danzantes y jerarquías se desliza por las

calles, abre los balcones adornados y eleva inverosímilmente la tensión de las fiestas.

El sol se resiste con ardor en la encrucijada de las seis de la tarde. Una capa de polvo, pesada, palpable, se levanta de la tierra y lo impregna todo. Los mozos, con desprecio de las localidades de asiento, de los balcones y graderíos burgueses, sitian la plaza redonda, la que podríamos llamar plaza pequeña, y se amontonan alrededor de la barrera. Y a las seis en punto, con formalidad taurina, el alcalde, nuestro buen amigo don Angel Escribano, de quien tantas amabilidades hemos recibido, ordena el principio de la corrida. Suena el clarín, y el castillo, piedra inamovible que soportó el asedio de las huestes de Alfonso XI, desde su mirador de la montaña, parece empinarse para presenciar mejor el espectáculo.

Pero el espectáculo, el genuino y original, no es la novillada, donde un torerillo amedrantado por el público lucha con su propio miedo, el espectáculo, repito, es el que viene a continuación de la corrida, y en él los mozos son la pieza fundamental e insustituible. Todos a una, los mozos de Peñafiel saltan al ruedo a esperar a la vaquilla y cada uno de ellos la abrumba con los quiebros, la corre hasta cansarla, se adorna en los cuernos y en... el rabo. No es una estampa trágica, es más bien risueña y sólo algún tipo serio, de boina, blusa y cayado, pone una nota "solanesca" en el ambiente. Sin embargo, y pese a lo divertido de la capea, los mozos no se contentan con ella. Quieren más, más riesgo donde demostrar su valor y encoger el corazón de las hembras, y, en pacífica manifestación, van hasta el alcalde al grito de "¡otra por fuera", "¡otra por fuera!". Es la costumbre de

Peñafiel, su peculiaridad, y otra vaquilla es spltada en el espacio que media entre la plaza de toros provisional y los límites naturales de la del Coso. La diversión hace subir la temperatura de la tarde. El mozo que huye de una vaca y salta la barrera cae en los dominios de la otra res. Habría que paralizarse en el aire para evitar ser atropellado o abandonar el juego, y a esto ninguno está dispuesto. Los revolcones se suceden y—con verbo de Gila—el espectáculo "es de mucha risa". Jamás habíamos presenciado una corrida doble y simultánea como esta de Peñafiel, ni habíamos visto valor como el de estos mozos, que acabaron retirando las reses a los corrales llevándolas cogidas por los cuernos, por el rabo, por el lomo, como si de inocentes corderos se tratara. Mas cuando expresamos nuestra admiración por el hecho, la réplica casi nos dejó sin aliento: "esto no tiene importancia—nos dijeron—, otros años se las llevan a hombros...".

¡... DE LOS TOROS!

Cerca de las ocho de la tarde abandonan la plaza del Coso. Duelen los ojos y el polvo escuece la garganta. Las aguas rizosas del río Duratón, que cruza y divide Peñafiel, son como un sedante, como un consuelo para el cansancio físico. Marchamos carretera adelante camino de Madrid y atrás queda Peñafiel envuelto en los sonos de la música, incansable y feliz. Listos sus habitantes para correr los toros por la mañana, para jugar a la tarde con ellos, para bailar en la plaza a la noche, mientras duran las fiestas el 14, el 15 y el 16.

J. M. G.



134

Para el que ya posee un reloj...

Hay gentes que, en su deseo de perfección, rehúsan acomodarse con lo ordinario. No se conceden tregua hasta que no encuentran en cualquier cosa lo que el mundo puede ofrecerles como lo mejor. Trátese de un coche deportivo, de un cuadro de firma o de una finca próxima al mar, no quedan satisfechos si no tienen la certeza de poseer lo que hay verdaderamente mejor.



El Constellation de gran lujo va presentado en un estuche de plata. El Observatorio grabado en el fondo de su caja, símbolo de la precisión Omega, recuerda la serie inigualada de victorias conseguidas en los concursos de precisión.



OMEGA *Constellation*

Cuando llega el momento de escoger un reloj, son igualmente exigentes. ¿Es extraño, pues, que su gusto vaya hacia el Omega Constellation?

No es debido ciertamente a la casualidad que el Omega Constellation haya llegado a ser para muchas de estas personas un símbolo de perfección. El Constellation es un cronómetro, es decir, que lleva un certificado de precisión librado por una de las Oficinas Suizas de control de la marcha de los relojes. Además, - y en esto se distingue especialmente - todo Constellation, sin excepción, ha obtenido la mención de excelencia «con resultados particularmente buenos» después de las 360 horas de pruebas severas prescritas por el reglamento oficial.

